

Cuando Eramos Ricos Aclaración Pendiente

POR LORENZO MEYER

EL 14 de febrero de 1979, el Presidente López Portillo se dio un lujo que pocos jefes de Estado del Tercer Mundo se pueden dar: regañar en público al Presidente de Estados Unidos, que era su huésped. En efecto, ese día y durante el discurso en el banquete oficial en honor de James Carter, López Portillo le dijo a su colega estadounidense, entre otras cosas, que: "Entre vecinos permanentes y no ocasionales, las medidas sorprendivas o el súbito engaño o el abuso son frutos ponzoñosos que tarde o temprano tienen efectos reversivos".

A buenos entendedores pocas palabras, el Presidente Carter y su comitiva así como la prensa de Estados Unidos comprendieron el mensaje y lo recibieron muy mal. López Portillo había decidido cobrarse así el agravio sufrido en 1977, cuando el gobierno norteamericano decidió vetar un acuerdo para la venta de gas natural que México había propuesto a seis empresas gaseras de Estados Unidos.

★

NO creo que le sea difícil al lector recordar que recién inaugurado el sexenio lopezportillista, Pemex se propuso pensar en grande. Entre sus proyectos espectaculares para hacer de México otra vez un país exportador de petróleo, estaba el de construir en un tiempo muy breve una obra gigantesca, monumental: un gasoducto de 48 pulgadas de diámetro que corriera a lo largo de 1,350 kilómetros hasta unir los campos petroleros de Reforma, en el sur de

México, con la frontera de Estados Unidos, donde se creía que había un mercado casi ilimitado para nuestro combustible. Este gasoducto podría transportar, si se le ponían compresoras, hasta 2,700 millones de pies cúbicos por día. La intención era vender a las empresas estadounidenses el gran volumen de gas que salía asociado a una producción siempre creciente de petróleo. Se gún la "carta de intención"

firmada entre Pemex y las empresas de Estados Unidos en agosto de 1977, México les empezaría a surtir gas a partir de 1979 y les podría vender hasta dos mil millones de pies cúbicos al día o quizás más a un precio muy bueno para México en ese momento: 2.60 dólares por millar de pies cúbicos, es decir, 44 centavos por encima del que Estados Unidos paga por el gas que importaba de Canadá. Este precio aumentaría cada vez que subiera un tipo de petróleo (el llamado combustible número 2). Según estas cuentas optimistas, cuando el gasoducto estuviera en plena operación, México sería capaz de amortizar el costo de la obra —1,500 millones de dólares— en menos de un año. En una palabra, un negocio no sólo bueno sino fantástico.

★

ESTAS cuentas nunca se hicieron realidad. Cuando el gasoducto estaba ya en construcción, en diciembre de 1977, el gobierno del Presidente Carter se negó a aceptar los términos pactados entre México y las empresas norteamericanas y el gasoducto se hizo pero el trato se deshizo. Si las empresas gaseras se habían mostrado muy generosas en los términos que ofrecieron a México era justamente porque ellas mismas estaban presionando a Washington para que se les autorizara a aumentar considerablemente el precio del producto que ellas vendían. Con la negativa de Carter, todo el panorama gasero cambió en México. El enorme gasoducto nunca llegó a tener las compresoras y cuando en septiembre de 1979 finalmente se llegó a un acuerdo para la venta de gas mexicano a Estados Unidos, ya no se pensó en vender sino excedentes: alrededor de 300 millones de pies cúbicos diarios, es decir, una séptima parte de lo que se esperaba cuando se inició la construcción del costoso gasoducto.

★

VISTO desde esta óptica —pero teniendo aún el respaldo de la promesa de la gran riqueza petrolera y que hacía de México una "potencia intermedia— el enojo y regaño de López Portillo a Carter pareció enteramente justificado, al menos desde la perspectiva mexi-

Cuando Eramos Ricos.- Aclaración Pendiente

Sigue de la página siete

cana, ya que Estados Unidos nos había alentado a embarcarnos en un proyecto muy costoso, y cuando ya era tarde para cancelar, nos quiso obligar a bajar el precio de nuestro gas. México, sin embargo, no se humilló y decidió cargar con el costo de una obra que hubiera tenido dimensiones más modestas si se hubiera pensado exclusivamente en función del mercado interno, donde el precio del gas estaba

muy por debajo del precio internacional.

Hasta aquí, santo y bueno. Una mala jugada más de las varias que nos ha hecho Estados Unidos y una venganza simbólica por parte de nuestro Presidente. Sin embargo, el juicio histórico en torno a este incidente cambia de manera sustantiva si se prueba que el gobierno norteamericano advirtió a tiempo a Pemex y a otras autoridades que no le era posible aprobar el acuerdo

que dicha empresa iba a intentar con las empresas gaseras, por ser contrario al interés nacional estadounidense en general y al programa energético de Carter en particular.

En una conferencia que dio hace unos días en México Robert Pastor, un antiguo miembro del Consejo Nacional de Seguridad en la época de Carter, dijo que no había habido nada de "sorpresivo" ni de "súbito engaño" en el asunto del gas, que tan temprano

como enero de 1977 James Schlesinger —el arrogante encargado de la política de energía de Carter— había informado a funcionarios mexicanos que su gobierno no estaba dispuesto a aprobar ningún acuerdo con empresas particulares que ligara el precio del gas mexicano a ese famoso combustible número 2 y que Washington prefería en cambio un acuerdo al respecto de gobierno a gobierno. El 27 de junio de ese mismo año Schlesinger volvió a mostrarse contrario al posible acuerdo entre los gaseros estadouni-

denses y Pemex, y esto se lo hizo saber en términos tan rotundos a Díaz Serrano y a Oteyza, que resultaron insultantes. Finalmente el 15 de julio, en una reunión del subgrupo de energía del llamado mecanismo de consulta que se había creado entre México y Estados Unidos, los norteamericanos volvieron a advertir que el acuerdo al que Pemex pensaba llegar con las empresas gaseras no se iba a aprobar. Pese a todo, la empresa se empeñó en iniciar la construcción de un gasoducto

de dimensiones sin paralelo, confiando, quizá, en que la presión de las empresas gaseras haría cambiar de opinión a Washington, lo que no fue el caso. A la luz de los acontecimientos posteriores, la decisión mexicana resultó una irresponsabilidad, por decirlo de alguna manera.

La documentación de estas advertencias a México se encuentran en la transcripción de las audiencias del Comité de Energía del Senado de Estados Unidos del 17 de enero de 1979, así como en la publicación también del Senado norteamericano titulada "Mexico, the promise and problems of petroleum" (marzo, 1979), p. 158.

Ojalá alguien aquí en México nos aclare si, efectivamente, en 1977 fuimos víctimas de un "súbito engaño" por parte de los norteamericanos o lo que ocurrió fue un ejemplo más de la vieja práctica presidencial de culpar a otros de los errores propios. Aprovechando el viaje, también sería bueno saber para qué sirve hoy el gran gasoducto, ¿cuánto gas transporta?, ¿ya se amortizó?, ¿cuánto gas exportamos? Si la historia encierra lecciones, me parece que aquí hay varias y muy importantes.